

MIS ADMIRADAS MONJAS

Confieso que siempre he sentido una especial admiración por las monjas, tanto de las de verdad como de las que aparecen en el cine encarnadas por Audrey Hepburn en *Historia de una monja*, Debbie Reynolds en *Dominique* o la enigmática Silvia Pinal en *Viridiana* de Buñuel.

Hace 500 años llegaron a Gandia las primeras clarisas que todavía siguen con nosotros. Monjas de oración, clausura y excelentes reposteras.

A finales del siglo XIX vinieron las ursulinas para educar a las señoritas de la buena sociedad. Tuvieron su selecto colegio en la esquina de paseo Germanías con san Rafael, actual Banco de Sabadell. Allí, además de bordarse las sábanas nupciales y aprender caligrafía inglesa, cantaban “Que buenas son, que buenas son las hermanas ursulinas que nos llevan de excursión”.

Cuando Morán Roda fundó la Beneficencia, las hermanas franciscanas fueron las que, sin dejar de sonreír por hacer el bien, se ocuparon de acoger a pensión completa a todos los ancianos. Y bien puede decirse que *les mongetes de la Beneficència* gozaron siempre del cariño y la admiración de la ciudad.

En los felices 20 llegaron a Gandia las monjas veladoras de enfermos. Eran tiempos en que no había clínicas ni hospitales y las monjas, que tenían algo de enfermeras, acudían a las casas de los enfermos para cuidarlos durante la noche. Y parece que “fueron tan crueles y

despiadadas” poniendo inyecciones y cataplasmas, que al comienzo de la guerra incivil unos exaltados decidieron asesinar a dos de ellas en la Pedrera, cerca de las curvas de san Juan. ¿Me podría alguien explicar el motivo?

Con el abad don José Solá López, que presidía las procesiones en silla de ruedas, vinieron las monjas operarias catequistas de Nuestra Señora de los Dolores, y abrieron en la calle san Francisco de Borja un modesto colegio que, con el paso del tiempo, fue creciendo y llega hoy hasta la calle de san Rafael.

Las monjas esclavas del Sagrado Corazón están en Gandia desde principios del siglo XX, y su original convento modernista fue hospital de sangre durante la guerra y luego, bajo la tutela de algún jesuita, casa de retiros y ejercicios espirituales. Y en su colegio se educaron gran número de jovencitas de la clase media.

Mientras los padres escolapios se ocupaban de los chicos, las madres escolapias, hijas también de San José de Calasanz fundador de la primera escuela cristiana popular de Europa, abrieron un colegio en Gandia para la educación y formación de las chicas.

Hasta de la Argentina vinieron monjas a nuestra ciudad para ocuparse de los niños acogidos en el Preventorio Infantil, fundado por Don Miguel Zacarés.

Pero sin duda, las monjas que más entrañables recuerdos dejaron en mí, fueron las carmelitas. Entré en su colegio a principios de los 40, con un delantal a rayas y una cestita para el almuerzo con doble tapadera, parecida la de Caperucita Roja. Como le ocurría a Proust con su magdalena, mi amigo Paco D. todavía conserva su cestita donde guarda el recuerdo de de su infancia feliz e inocente. Un tiempo perdido que no volverá por mucho que lo busque. Pero cuando cierra los ojos, todavía vislumbra la palmera del patio con las paredes cubiertas de azulejos, el estanque redondo iluminado por los peces rojos y las figuras míticas de la hermana Rosario, la hermana Carmen, la hermana Rita... Y cuando mira la foto de aquellos días, le ahogan los recuerdos de Tonín Sendra, Juan Rincón, Ángel Gasque, Juan Koninck...

José Miguel Borja